

son una preparacion para la cuaresma. La Iglesia recuerda, en su oficio, á los santos y patriarcas de la ley natural y de la escrita; á Adam y los justos que vivieron antes del Diluvio; á Abraham y á los patriarcas hasta Moisés; y á los Profetas de la antigua alianza que anunciaron al Mesías. Ella abraza todos los lugares y todos los tiempos, á ella representan todas las figuras, y á ella se enderezan todas las promesas. Nos pone por delante la caida del primer hombre, y la transmision de su pecado á toda su posteridad, tomando de aquí motivo para exhortar á los fieles á la penitencia. Por esta razon omite desde entonces la música y los cánticos de alegría, la *Alleluia*, el *Te Deum*, y el *Gloria in excelsis Deo*, sustituyéndolos con acentos lúgubres, y oraciones propias para el tiempo de afliccion.

El mundo, que obra siempre contra la Iglesia, ha dedicado este tiempo á locas alegrías, con los regocijos y bailes de máscaras, restos del antiguo paganismo. Los excesos á que dan lugar estas diversiones, son bien conocidos. La Iglesia en este tiempo manda esponer al Santísimo Sacramento á la adoracion pública, en los templos, y redobla la solemnidad de sus oficios, para apartar á sus hijos de los peligros que los rodean, preparándolos para pasar dignamente el tiempo santo, y los dias de reconciliacion y de salud que se aproximan. El jubileo de las cuarenta horas, que suele tener lugar por este tiempo, fué instituido en memoria de las cuarenta horas, que mediaron desde que Jesucristo fué condenado á muerte, hasta que resucitó; y su primer origen data desde el siglo quinto en que se comenzó á celebrar una misa solemne con letanías y ayuno, en desagravio de los excesos de las calendas de Enero, y de otros restos del paganismo, que subsistian en los dias que median desde la Epifanía hasta la cuaresma.

La primera culpa del hombre, fué debida á su orgullo y á su intemperancia: al deseo de igualarse á Dios, de conocer el bien y el mal, y de saciar el apetito, con un fruto que ofrecia ser dulce al paladar, y que era grato á la vista. Por esto la Iglesia le repite en el primer dia de la cuaresma, la terrible sentencia á que fué condenado; *Eres polvo, y en polvo te has de convertir*: sentencia que se vienen trasmitiendo de unos en otros todos los siglos, y que la esperiencia confirma todos los dias. Como remedio al mal primero le impone la obligacion del ayuno, para que por medio de él, *comprima sus vicios, eleve su mente y alcance la virtud y los premios que están ofrecidos á ésta*. Tal es el espíritu que la anima, y tales son las palabras con que lo espresa en la liturgia de este tiempo.

El miércoles de ceniza estaba destinado, en la antigüedad, para poner en penitencia pública á los pecadores, que debian ser absueltos al fin de la cuaresma, y comulgar en la Pascua. Los penitentes comenzaban por confesarse, presentándose en las puertas de la Iglesia, descalzos y vestidos de luto, y pedian humildemente al obispo, les admitiese á penitencia, y les concediese la absolucion. El obispo, movido de sus ruegos y de sus lágrimas, les vestia un saco ó cilicio; esparcia ceniza sobre sus cabezas, ceremonia tomada de los antiguos hebreos, que acostumbraban hacerla, en sus duelos privados, y en las calamidades públicas; y los rociaba con agua bendita, cantando con todo el